

**GERARDO PIÑA-ROSALES: DESDE ESTA CÁMARA OSCURA.  
¿MEMORIAS, DOCUMENTO, TESTIMONIO, NOVELA...?**

WALDO GONZÁLEZ LÓPEZ<sup>1</sup>

*En el fondo, ¿no somos todos exiliados?*

GERARDO PIÑA-ROSALES

**M**ientras leía con indetenible atención *Desde esta cámara oscura*<sup>2</sup>, novela rara (merecedora del VII Premio Internacional de Novela Corta Casino-Ayuntamiento de Lorca 2006), no dejaba de pensar en otro libro con similar connotación de lo no *ad usum*, lo inaudito y lo anómalo.

Sí, porque tal sentido le daba a la palabra el gran poeta nicaragüense Rubén Darío (quien, a fines del siglo XIX se refirió, en su homónimo volumen *Los raros*, a figuras icónicas de la poesía latinoamericana, entonces recién ‘descubierta’ gracias a sus propios poemarios por sus colegas españoles), quien, tras instalarse en Buenos Aires y comenzar a colaborar en el diario *La Nación*, fue publicando — según aseverara luego el también narrador y periodista cultural— ese “conjunto de artículos sobre los principales poetas y escritores que entonces me parecieron raros, o fuera de lo común”.

Y añadiría que, cuando en Francia estaba el simbolismo en pleno desarrollo, a él “le tocó dar a conocer en América ese movimiento y, por ello, y por mis versos de entonces, fui atacado y calificado con la inevitable palabra ‘decadente’”. Sobre tales artículos, diría también

<sup>1</sup> Poeta, ensayista, crítico literario y teatral cubano, residente en Miami, su obra crítica y de creación ha sido reconocida en su país, Cuba, y en el exterior.

<sup>2</sup> Gerardo Piña-Rosales. *Desde esta cámara oscura*. Madrid: Editorial Nostrum, 2006. Todas las citas son de esta edición.

el poeta: “Hay en estas páginas mucho entusiasmo, admiración sincera, mucha lectura y no poca buena intención. En la evolución natural de mi pensamiento, el fondo ha quedado siempre el mismo.”

Entre los autores escogidos estaban: Paul Verlaine, Léon Bloy, Jean Moréas, Lautréamont, Edgar Allan Poe, Ibsen, José Martí y Eugénio de Castro. Fue tal el éxito, que Darío publicaría una segunda edición, en la Barcelona de 1905, a la que añadiría las semblanzas de Camille Mauclair y Paul Adam. La mayoría de los autores son poetas simbolistas franceses, ya que Darío sentía una gran atracción por la literatura francesa de finales de siglo. Solo hay dos autores hispanoamericanos, los cubanos Augusto de Armas y José Martí, el primero de los cuales escribió sin embargo su obra en francés.

Aquellos *raros* abordados por el nicaragüense en 22 piezas de intensidad, género y extensión diferentes (donde asumía otros tantos escritores que se oponían a los modelos imperantes), serían llamados por el poeta hispano Pere Gimferrer, en su propia versión de 1985: “fuerzas de choque, catapultas ante las murallas escondidas de la preceptiva”.

Más, si en el título de Darío uno de los aspectos sobresalientes en el conjunto son las polémicas y las disputas entre viejos y nuevos románticos, los parnasianos y los simbolistas, en este distante siglo XXI, la nueva y otra vez *rara* novela de Gerardo Piña-Rosales, posee otras cualidades no menos singulares de la categoría de lo *raro*.

Cierto, pues, como bien apuntara en la presentación de la obra el académico Pedro Guerrero Ruiz:

*Desde esta cámara oscura* (Premio de Novela del Ayuntamiento-Casino de Lorca, 2006) es más que una novela. Es una creación de intertextualidad literaria y artística, una *ékfrasis*. Es una vida ejemplar de un fotógrafo exiliado, una biografía inventada y novelada y una poética humana sufrida en ese exilio interior, verdadero, de un personaje que poca gente conoce pasados los años, de un raro, y, a pesar de sus muchos premios y reconocimientos en México o en Estados Unidos, finalmente un maldito...

Definidas como *Notas para unas memorias que no escribiré nunca* (según las nomina el narrador), el continuo acontecer de breves capítulos (y he aquí el primer mérito) que de inmediato acaparan la atención del lector, posee (esta es la segunda virtud) un esmerado y hábil lenguaje adoptado y adaptado por el escritor a la historia, acorde con el tema y el ambiente, la situación y el lugar donde se desarrolla

la continua acción que (tercera peculiaridad a su favor) no permite al lector soltar el libro, ya atrapado por la insoslayable trama.

Con amenidad y notable movimiento (cuarta cualidad distintiva, aportada por su “otro” violín de Ingress: la fotografía), el autor evidencia su amplia cultura literaria, plástica (pictórica y fotográfica), como histórica, otra virtud que enriquece su “nivola”, para emplear un término grato a otro integrante de la Generación del 98: Miguel de Unamuno, quien con tal vocablo (que muy bien encaja en la de Piña Rosales) pretendía diferenciar las suyas de las que se publicaban a la postre en la península y demás países de lengua hispana.

El autor bucea, excava y halla datos de la vida y obra del fotógrafo y escritor Rafael Bejarano, nacido en Ronda —patria chica del creador de la décima Vicente Espinel, cuyo apellido tomara Lope de Vega para re-nominar la popular estrofa como *espinela*.

Primero exiliado en México y luego en Nueva York, el doblemente creador tendría una intensa y extensa existencia marcada por el amor a la fotografía y a los libros. Los documentos (¿falsos o ciertos?) que aporta Piña-Rosales convencen, justamente, por esas “mentiras que parecían verdades”, según definiera las novelas de Charles Dickens un estudioso de la vida y obra del insaciable fabulador-testimoniante inglés, a cuya vida y obra este crítico dedicara un ensayo hace ya casi tres décadas, incluido en el volumen de estudios *Escribir para niños y jóvenes* (Editorial Gente Nueva, La Habana, 1983).

Asimismo definida con certeza por Guerrero Ruiz: “testamento póstumo, [...] es una vida de la recámara imaginativa del escritor y una narrativa que te apasiona”, *Desde esta cámara oscura*, aclara con nítida luz (y valga la paradoja) la fabulosa, inimitable vida del fotógrafo hispano, quien, a pesar de su incesante caminar por ciudades y países tras las mejores imágenes, acabaría sus últimos años “condenado a la soledad y al silencio”, tal afirma en su prólogo el narrador.

Para decirlo de nuevo con Guerrero Ruiz, “en esa intertextualidad, en esa mirada dual se concentra el poder de la narrativa investigada y creada o descreída de Gerardo Piña-Rosales, la formalización de una estructura cuyo ojo es también un objetivo”.

Cierto, sobre todo, cuando el ya para algunos superado posmodernismo y su muy socorrida intertextualidad, son utilizados por el autor en grado sumo y con ejemplar talento, pues se vale de ambos recursos con tal eficacia que no sabemos si es cierta o falsa la historia.

Y he aquí el mayor logro de su excelente “nivola” — y repito el término, por tan oportuno en este caso peculiar, como su obra.

Con la inclusión de figuras del acontecer cultural de su tiempo, el “testamento ¿póstumo?” del protagonista de la, repito, incambiable historia, contribuye a una mayor atracción, toda vez que aparecen, sucesivamente, nombres de artistas (fotógrafos, cineastas y escritores) decisivos en la historia cultural de Hispanoamérica, cuyas reflexiones o referencias colaboran aún más con el enriquecimiento de la trama.

De tal suerte, desde poetas, narradores y teatristas de la talla de Cervantes, Lewis Carroll, Charles Baudelaire, Isidore Ducasse, Washington Irving, Antonin Artaud, Kafka, Jean Cocteau, García Lorca, José Bergamín, Octavio Paz y Hermann Hesse, entre muchos otros, pasando por pintores, fotógrafos y cineastas como El Greco, Velázquez, El Bosco, Goya, William Blake, Jacob Riis, Man Ray, Robert Capa, Álvarez Bravo, Nacho López, Pablo Picasso y Luis Buñuel, por sólo mencionar algunos de los señeros, *Desde esta cámara oscura* constituye un estupendo testimonio/testamento o, lo que es lo mismo: una fabulosa y real novela ¿biográfica, autobiográfica? de un muy destacado artista del lente que, tras viajar medio mundo y fotografiar a un sinnúmero de figuras culturales de primera línea, se fue “quedando más y más solo, solo entre fotos, libros y recuerdos”, hasta casi desaparecer, lo que, por fortuna no aconteció, gracias a esta historia tan verídica como bien armada, excelentemente escrita con el mejor lenguaje, ese que ha hecho posible las mejores narraciones en nuestro idioma, desde *El Quijote* hasta *Cien años de soledad*. Y no exagero al afirmar tan afirmación tan cierto, y no es un simple *jeu de paroles* o juego de palabras.

Mas, si a lo anterior, se le añade que la amenidad característica de la novela crece con la aparición o mención de un notable número de países, ciudades, pueblos o *locaciones* (para emplear un término propio de la fotografía y el cine), como España, México (“que con el tiempo iba a convertirse en mi segunda patria”), Argentina, Francia, Inglaterra y EE.UU., tenemos un genuino relato (al estilo de un *road movie*) al nivel de los dos arriba mencionados, cuyos grandes autores siempre tuvieron en mente tres de los cánones de toda narrativa que se precie de serlo, sin cuya apoyatura no hay pleno goce en la creación artística: la variedad, la diversidad, la multiplicidad...

En cuanto a la otra pasión de Piña-Rosales (la fotografía), quienes compartimos su afición indeclinable por esta manifestación

—integrada, por derecho propio, a las artes plásticas— apreciamos en el texto la inclusión de diversos postulados esenciales que (teóricos y técnicos, propios o de otros creadores), no sólo evidencian el conocimiento del autor en la materia, sino que se alían con fortuna a la historia, acorde con la sicología, el sentir y el momento en que se encuentra el protagonista. Veamos algunos:

Siempre que contemplo mis propias fotografías, se recomponen en mi mente las circunstancias del momento en que fueron tomadas: la intensidad y el matiz de la luz, la complejidad o sencillez de la composición, la profundidad de campo, la distancia focal. (23).

[...]

Y ahora, aunque me ahogue la nostalgia, debo despedirme de mi estudio. La luz del crepúsculo, que se filtra por la claraboya del techo abovedado —regulada por una cortinilla, como el diafragma de una cámara—, ilumina con tonos rojizos la habitación rectangular. El objetivo de la Agfa 8x10 —montada sobre un recio trípode con columna central desplazable y cabeza rotatoria a base de rótula— apunta al telón de fondo, flanqueado por un par de focos y una sombrilla reflectora. (24).

[...] mis cámaras, mis lentes y el resto del equipo: la Voigtländer —que me regaló mi tío Salvador cuando cumplí los diecisiete y ya apuntaba mi vocación fotográfica; la gran Pentax 8x10, inmejorable para paisajes y panoramas urbanos; la Linhof y la Graflex 4x5, insuperables para los retratos; la Contax, la Leica y las Nikons, ideales, por su versatilidad y manejabilidad, para los fotorreportajes; y una variedad de lentes de distintas distancias focales, desde el gran angular de 28 milímetros hasta el teleobjetivo de 300 milímetros; y mi favorito, el Nikon, f/2.8, 80-200 mm. (30).

En cuanto a las definiciones de este arte, se leen varias. Valgan estos ejemplos:

La fotografía —me explicaba, con muy relamidas palabras [el tío Salvador, quien incentivara en el protagonista su afición]— consiste en escribir con luz; pero para dominar esa caligrafía tan especial es necesario hacer antes muchos palotes, aprender a medir la luz, a sopesarla, a sentirla, para poder trasladar al negativo ese juego de luces y sombras con fidelidad, exactitud y precisión. La calidad de una fotografía —añadía— no depende de la cámara ni de la lente, ni de la película utilizadas, sino de la percepción visual de quien la hace. (61-62).

Quien es quizás el más grande maestro de la fotografía en México, Manuel Álvarez Bravo le confirmaría lo que nos revela en la no-

vela Piña-Rosales: “Usa la fotografía como un espejo, y te devolverá siempre reflejos de lo que eres. La fotografía —no lo olvides— es una forma de conocimiento, un medio para explorar nuestra conciencia.” (p. 65). Excelente definición de un arte que, aparecido a fines del siglo XIX, no fue de inmediato reconocido por algunos críticos de arte, pero ya en la centuria siguiente, pasó a ocupar, por derecho propio, muchas de las más prestigiosas galerías y revistas de arte.

Otras certeras definiciones de aspectos teóricos y técnicos de la fotografía, nos revelan los profundos conocimientos de Piña-Rosales, quien, apasionado de este arte, muestra con tales datos su *praxis*, rasgo comprobado con sus fotos incluidas en la edición del volumen.

Así, es muy precisa su definición de una de las más socorridas y populares expresiones fotográficas, sobre la que nos dice: “el elemento clave que todo retrato —el género más codificado— debe poseer: el haber descubierto ese momento exacto en que el retratado baja la guardia y revela su verdadero rostro.” (83).

Mas, añadido aún otra precisión *in extenso* del autor, que confirma lo que antes dije sobre su intensa y consecuente experiencia en este arte:

En la fotografía —como en las demás artes— lo que importa es ofrecer una visión personal, original del mundo, y lo más completa y variada posible: la infinita riqueza del rostro humano, las relaciones con frecuencia conflictivas entre los hombres, la Naturaleza en cada una de sus estaciones, las estructuras arquitectónicas y la instantaneidad del momento fugaz y perecedero (porque si bien la lente se abre y copia las cosas, también se cierra y las excluye), pero sobre todo la luz, metamorfoseando, con sus infinitos matices, eso que llamamos “realidad”. La cámara debía convertirse en parte integral de la visión del fotógrafo, en un tercer ojo omnividente. No ocultaba mi inclinación por la fotografía realista, sin menoscabar su valor poético, capaz de percibir los sucesos más ordinarios de la vida como maravillosos y mágicos, los objetos más vulgares como bellos y significativos [...] (94.)

En tal sentido, *Desde una cámara oscura* constituye, además, no sólo un homenaje al artista y escritor rondeño Rafael Bejarano, sino, sobre todo, a esta manifestación que, desde inicios de la pasada centuria, marcaría un singular cambio en la cultura contemporánea.

Creo oportuno añadir un fragmento sobre su vinculación con el arte escriturario, sobre el que confiesa en el capitulillo VII “La luz del sur” (lo que, por cierto, confirma su aún mayor cercanía con el protagonista: suerte de *afinidades electivas*, para decirlo con Goethe):

También comencé a escribir mis propios textos, a veces minuciosas explicaciones o glosas provocadas por tal o cual imagen. La escritura era para mí otra forma natural de expresión (y no es de extrañar, porque la fotografía, como medio de comunicación social, está cerca de la palabra hablada o escrita). (72).

*Desde esta cámara oscura* resulta, sin duda, una distintiva opción de asumir un ‘género’ narrativo tan antiguo como la novela, una de cuyas primeras muestras se remonta a *Dafnis y Cloe*, única obra conocida de Longo, escritor griego de la época romana, en el siglo II, en la que evoca, con lirismo, los supuestos amores de dos jóvenes.

Como ya vimos, el narrador-fotógrafo se vale de su perspicaz y aguda pupila de artista del lente para fijar su atención en índices de la realidad que fabula a su gusto, a partir de la vida y obra de un destacado novelista/artista español, quien —*alter ego* o personaje real— convence al lector por su investigación y rigor, hondura y amenidad, entre otros valores antes señalados.



© Gerardo Piña Rosales



© Gerardo Piña Rosales